

CANCIÓN DE CUNA - (Andrés Escapa, Pablo)

Quisiera yo... ¿cómo lo diré? Quisiera tener esa voz que aún se columpia en mis oídos. Y convocar su marea sorda de acentos que parecen olas que van y vienen. Pero, aunque me falte la sordina cantora que vibra en el aire cuando ha hablado un marinero, por más que lleve años metido en tierra, no habré de contentarme sin dejar, siquiera vagamente, noticia de su alma. Y ojalá hacerlo sea también dejar cuenta de la mía, que en la ocasión que ahora diré sentí que se ensanchaba y coincidía con la del navegante en cierta querencia para atender a la novedad y aceptar el milagro cuando aparece. Ocurrió así:

Paseaba yo la mañana de Reyes muy temprano, incapaz de estarme en casa en día que parece hecho para estrenar el mundo, cuando fui a dar, quién sabe si nostálgico de lejanías, con el puerto, aún dormido en el amanecer. Distinguí allí a un hombre sentado en el muelle, junto a los amarres. Camino del testero, pasé a su lado y algo en su expresión, una beatitud secreta que le mantenía con la mirada perdida, me hizo detenerme un momento y volver los ojos hacia donde él miraba.

–¿No lo oye? –me sorprendió su voz.

Yo, ni oía ni veía nada, por más que miraba en dirección al mar abierto siguiendo el camino que indicaban sus ojos. Reparé entonces en que el hombre tenía la vista nublada, quiero decir velada por esa opacidad extraña y embaída que distingue –y que perturba– la expresión de los ciegos. Me sentí repentinamente incómodo y estaba a punto de seguir mi camino cuando el hombre, sin abandonar la distancia en la que parecía estar absorto, volvió a hablar.

«Quien no ha sido viajero poco sabe de melancolías. Pero quien ha visto el mundo y luego ha perdido la luz de la mirada, ése está destinado a vivir sin otro consuelo que los despojos que el tiempo va asentando en la memoria. Porque no tiene otro espejo en el que distraer las horas que el de los recuerdos que fueron posándose en los ojos, cuando podía ver».

El hombre se quedó callado y yo, consciente de que acaso se pedía un gesto que trajera más palabras, fui a sentarme sobre un bolardo de amarre, no lejos de él.

«De todo ese escaparate de océanos y tierra firme que un día abarcara con la vista desde el puente de una nave –prosiguió entonces–, sigue encendido como un faro que alumbraba mi oscuridad, por delante de las olas y los puertos, de las selvas y las playas y los soles y las velas desplegadas al viento, un árbol, un arbolito donde hacen junta los higos con los pájaros, y a cuyo amparo se acoge, sentada sobre un banco de madera, una mujer que sostiene a un niño en el regazo. Mientras callan todas las criaturas, ella canta una canción de cuna que parece que hiciera madurar los frutos por encima, o al menos ponerles un tibio rubor. Y el niño, prendido de aquellos labios que inundan el aire, va perdiéndose en un sueño lleno de sosiego que los brazos mecen».

Volvió el ciego a guardar silencio y por un momento pareció que había interrumpido el discurso por dejar que el arrullo de la mujer triunfara sobre el mar que teníamos delante.

«Yo recuerdo bien a aquella señora y a la higuera –regresó la voz, que sonaba ahora como traída de muy lejos–. Alguna noche serena, con la nave sostenida por las olas, he presenciado el temblor de los pájaros que escuchaban la canción, ocultos entre las ramas. Y una vez, puedo jurárselo, a punto de amanecer en la bocana de Esmirna, se llenó el

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIX, 71 (septiembre-diciembre, 2013)

día de un olor a pan reciente que era el mismo que llegaba al árbol desde una masera vecina. Tan grande y tan pequeño es el mundo. Pero lo que nunca supe recordar, ni siquiera en las horas más atentas de ceguera, fue aquella música como un milagro de sílabas que dejaba mares y tierra en armonía, antes del sueño.

»No sé si los vaivenes del mar con sus caprichos de olas y sus horizontes vagos tendrán la culpa de estas zozobras mías. Yo creo que las padecí siempre. No hay más que verme ahora: viejo marinero en tierra, ciego desde hace años y sin mejor ocupación que bajar al puerto a tientas, como quien no quiere despedirse definitivamente del mar. En cambio, cuando mareaba, era a tierra adonde corrían todos los pensamientos. ¡Cómo se acordaba uno entonces del huerto y la masera, del gato bostezando en la ventana y del fuego del hogar! Mar adentro, era otro fuego el que mandaba entre los hombres: la voz del capitán enredada en el viento de bolina pidiendo sostener la fiebre del horno en una rabia que venciera al oleaje.

»Pero hay afanes que pesan más. Siempre al acecho, estaba esa inquietud que lo gobernaba todo, en cuanto se ponía fin a los trabajos. La misma que me sacó anoche de casa sin necesidad, solo por sufrir las nieblas de enero en el rostro, y acaso por escuchar, envuelta en caricias de salitre, la sirena de un barco que pasa nocturno y solitario. A pesar de los años, aún tiemblo cada vez que piso el muelle esperando no se sabe qué. También de mozo se acercaba uno a puerto lleno de premoniciones. Y haciendo la maniobra no se dejaba de mirar al monte, como si los ojos fueran adelantándose al camino. Unas veces lo emborronaba una distancia de brumas, otras era un empeño de nubes el que le echaba un velo blanco por encima. Pero allí estaba la senda –no hacía falta verla– de las idas y venidas desde que el mundo fue hecho para que los hombres volvieran a pisar suelo después de navegar. Antes de poner pie a tierra, ya se adelantaban los pasos a coronar una cuesta y a hacerse firmes a la vista de un humo derecho sobre un tejado de pizarra. Y con el respeto que el tiempo y la falta de noticias ponen en los corazones, se detenía uno en un recodo, antes de llegar, codicioso en las plegarias: que el rayo hubiera respetado al árbol, que no faltara el pan de antaño en la masera, o que, como a aquel navegante antiguo del que contaban en las tabernas, desde el mar griego hasta el de Arabia, un perro saludador, infalible guardián de ausencias, saliera a recibir al desterrado cuando aún venía lejos».

El ciego sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió una lágrima. Luego lo dobló con mucho miramiento antes de guardarlo en el bolsillo.

«No fueron pocos los años que vieron los ruegos cumplidos. Ahora pienso que ese pago es regalo de juventud, o simple ley de vida. De los regresos a mesa puesta y a cama limpia, al abrazo que no quiere deshacerse bajo el arco de un umbral y a los asombros junto al fuego que dejan suspensos los ánimos con el cuento de tanto viaje y tanto mundo, pasa uno sin enterarse a la tristeza de las flores que quieren poner decoro, tras años de lejanía, sobre una tumba. Y a la soledad de la casa, que ya no es un humo blanco en la distancia, ni un ladrido alegre que vuela sobre campos y cunetas al encuentro de los pasos. Entonces se acuerda uno más que nunca de la canción bajo la higuera y pide que vuelvan las notas a poner algo de orden en la oscuridad, como la fuente quiere las lágrimas del sediento por juntarlas con su agua en una misma música. Pero ya no hay cantora que las traiga, y la higuera, como mis ojos, se secó. Mandan los atropellos del tiempo, que acaban por hacernos a todos soñadores de lo perdido».

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIX, 71 (septiembre-diciembre, 2013)

La mañana iba creciendo en una luz muy pálida. El mar se hacía músico con las primeras brisas y las gaviotas dejaban en el aire un temblor de alas que ponía levedad en los corazones. Tanta, que se veía uno pendiente de lo pequeño, o de lo extraviado, con la misma fe por rescatarlo con que en otra edad se entregaban los desvelos de una noche mágica a descubrir pasos secretos o la ilusión de un cuchicheo al fondo de la casa. Pero a lo mejor era todo obra del ciego y sus palabras.

«En tales pensamientos estaba yo anoche, sentado al borde de este mismo malecón –me sacó el marinero de mi ensueño–, cuando sentí cantar. Las almas melancólicas se reconocen con oírse y bien comprendí yo que quien cantaba lo hacía por distraer alguna pena. Me llegué a un paso del cantor y, aunque no puedo ver, supe que volvía el rostro para mirarme. Sentí aquella copla como si me estuviera destinada. Y por más que la canción era en lengua extraña, me parecía a mí entender un lamento propio y fatigas hermanas que avivaban mi impaciencia por preguntar. Terminó aquel canto y en el silencio que vino luego, casi parecían sagradas las palabras que nos dijimos. No me equivocaba: si yo había visto mundo, aquél había visto más. Cantaba por las tres Marías, me dijo, y sabía entonar también por Sirius y Aldebarán, que cada estrella pide su acento y hasta su hora para ser loada. Pero de todas las coplas por luceros –me aseguró– la más hermosa es la que canta al viento que silba en la Polar, que es luz de marineros y de errantes.

»Siguió aquella voz hablando largo rato de estrellas, cuya contemplación nunca alcanza para colmar las curiosidades que guarda el cielo. Y de esa bóveda sin término bajó nuestro coloquio a la tierra y sus metales. Aprendí que son estas lágrimas formadas en la altura, donde se sujetan más de mil años, antes de caer dejando músicas de cuerda. Algunas descienden antes por un júbilo secreto, que fue el caso de una estrella roja que después de estarse nueve días con sus noches sobre el horizonte, se rompió una madrugada de hielo en espléndida lucería y echó por tierra una siembra de rubíes como los hombres no sabrán contar».

Escuchaba yo el discurso del ciego embobado, con el mismo estupor que hubo de sentir él oyendo la voz del desconocido, apenas hacía un rato. Y me vi niño yo, oyendo un cuento de mi padre. Iba a preguntarle más de esas lágrimas del cielo cuando el hombre se ladeó un poco y, abriéndose el abrigo, se puso a buscar con tiento entre la ropa. Me pareció oír un tintineo: un puñado de rubíes, me adelanté a imaginar, tan entregado estaba ya a aquellas figuraciones de cristales melodiosos. El ciego, puesto en pie, se me acercó. Venía tentando el aire con una mano; la otra la cerraba contra el pecho. Ya a mi lado, extendió el brazo y con maneras que no renunciaban a la cortesía ni a la discreción, fue abriendo el puño muy despacio, hasta exponer al primer sol de la mañana una campanita dorada.

«También hablamos de sonerías –añadió–. Es el consuelo de los que no podemos ver, resignados a llevar el mundo en los oídos». Y bajando la voz, como quien busca la confianza, dijo: «Resultó que si de estrellas sabía aquel hombre, su ciencia en campanas no era menos grave. Había llegado a oír todas las que tañen a Oriente y a Occidente, desde el bronce mayor de San Pedro en Roma, que suena bajo el mar cuando voltea por Navidad, hasta las tintinábulas que los señores de Saba cuelgan de las babuchas para irse a acostar, en lo más profundo de sus palacios».

El ciego sonreía al decir esto, dueño de un secreto que nunca hubiera imaginado. Después se puso serio para seguir: «Quizá aquel hombre, con discurso tan novedoso,

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIX, 71 (septiembre-diciembre, 2013)

notó alguna vacilación en mí que pedía un signo que la enmendara. Pero en eso andaba errado, que no era duda sino certeza cada vez más firme la que yo tenía de no estar hablando con cualquiera. El caso es que se vino a mí muy cortésmente y me abrazó para que pudiera sentir el perfume de su barba, que era una mezcla de incienso y rosa, muy delicada. Y luego me guió la mano para que palpase un esmalte que traía cruzado sobre el pecho con las armas de su linaje. Reconocieron los dedos una estrella; los colores los puso él en la voz: oro en campo de azul. Lo último que palpé fue la corona. ¿A qué esperaba yo? Ya iba a arrodillarme ante tanta majestad cuando me sostuvo con una firmeza tan cordial que más parecía un ruego de quedarme a su altura. Se me figuró sonriente entre el bosque espeso de la barba. Fue entonces cuando oí una campanilla. Y detrás su voz: “ésta, que solo tañe glorias, es fragmento forjado de otra estrella que brilló treinta y tres días sobre el mundo, antes de romperse en oro por encima de un inocente que dormía”. Sentí que me tomaba de las manos y haciendo sonar de nuevo la campanilla, la dejó aún vibrante sobre mis palmas abiertas. “Escucha”, pidió. Y escuché. Escuché hasta que las lágrimas me vinieron como una lluvia clara a los ojos. Por un momento me pareció que mi oscuridad se llenaba de fulgores. Pero todo era virtud de la campana y su sonido. En el eco de aquel oro oí los pasos del rey amigo perdiéndose mar adentro, ligero sobre las aguas. Y al punto de pedirle que esperase, que no sabría renunciar ya a tan buena compañía, quedó ahogada mi voz por otro acento que vibraba como un fuego en el cuenco de mis manos. De allí, templando el aire, subió aquella música hasta mis oídos para dejar la voz perdida de mi madre cantándome bajo la higuera».

Volvió el ciego el rostro hacia mí a la vez que agitaba la campanilla muy alta sobre la cabeza. Me incliné, como quien se dispone a recibir humildemente el polvo de una estrella.

—¿La oye ahora?

Replicó la mañana como un cristal. Y pareció el aire un agua temblorosa que se fuera aclarando mientras moría la campana para traer sonidos de la infancia. Inmóviles en la vibración, los dos atendíamos al murmullo de nuestras profundidades. Y los dos oíamos: él, una canción de cuna, y yo...

Qué importa lo que yo oyera. Comprenderán que me alejara sin ruido, como se retiran los reyes magos, llenos de respeto y de puntillas por no distraer el sueño de los benditos que duermen en brazos de su madre.